

Católicos. Ni fué tampoco esta mas afortunada que aquella. Apenas salió Hernando á la mar sobrevino una tempestad tan furiosa que le obligó á recalar al puerto con su flota para repararla. Al fin pudo atravesar el océano, y ancló sin novedad en la pequeña bahia de Nombre de Dios. Como nada habia allí preparado para recibirle, y se vió obligado á detenerse algun tiempo antes de poder pasar las sierras, la falta de provisiones causó grave daño á su gente. Llegaron á tal extremidad que devoraron con ansia los alimentos mas repugnantes, é hidalgo hubo que quanto tenia ahorrado gastó en procurarse una subsistencia miserable. En pos del hambre acudieron las enfermedades como es de suponerse, y muchos de los infelices aventureros no pudiendo resistir el ardor del clima, perecieron desdichadamente á los primeros pasos de su carrera.

Sucedió allí lo que con tanta frecuencia se ve en la historia de las conquistas de los Españoles. Unos pocos, mas dichosos que los demas, alcanzan algun premio inesperado, y una multitud, atraida por la buena fortuna de estos, se arroja á seguir sus huellas. Mas los primeros que vinieron arrebataron ya los ricos despojos mas fáciles de lograr, y los que llegan despues tienen que ganar sus tesoros á costa de largos y penosos esfuerzos. Muchos regresaron á su pa-

tria abatidos y sin dinero, y otros se quedaron allí á acabar sus dias en la desesperacion. Creian cavar una mina de oro y no hacian mas que cavar sus sepulturas.

Mas no todos los que iban con Pizarro corrieron la misma suerte. Muchos de ellos pasaron el Istmo con él hasta Panamá, y llegaron oportunamente al Perú; allí en los estraños lances de las guerras civiles algunos alcanzaron puestos honrosos y lucrativos. Entre los que primero tomaron tierra en el Perú, iba un enviado de los agentes de Almagro para informarle de la distinguida merced que le hacia la corona. Recibió esta noticia en el momento mismo de su entrada en el Cuzco, en donde Juan y Gonzalo Pizarro, en cumplimiento de las órdenes de su hermano, le recibieron con todo respeto y al punto le entregaron el gobierno de la capital.

Al verse Almagro honrado por su soberano con un empleo que le hacia independiente del hombre que tanto le habia agraviado, se llenó de soberbia, y proclamó que ya no reconoceria superior en el ejercicio de su autoridad. Varios compañeros suyos fomentaban estas ínfulas de soberano, y le repetian que el Cuzco caia al Sur de la gobernacion de Pizarro, y por consiguiente quedaba dentro de los límites de la concedida al mariscal. Entre los que así se espresaban, habia varios soldados de Alvarado, que

aunque de mejor clase que los de Pizarro, no llegaban con mucho á la disciplina de estos, y hechos á militar á las órdenes de un gefe tan poco delicado, no conocian ya límites á su licencia.<sup>26</sup> Tenian en nada á los vecinos indígenas del Cuzco, y no contentos con los edificios públicos, echaron mano de los particulares que mejor les parecieron, apropiándose sin mas ceremonias cuanto encontraron en ellos, y mostrando, en una palabra, tan poco respeto á las personas y á las propiedades, como si hubiesen tomado la plaza por asalto.<sup>27</sup>

Mientras pasaba todo esto en la antigua capital del Perú, el gobernador se mantenía en Lima, y allí fueron á causarle grave inquietud las noticias que recibió de las mercedes hechas á su compañero. Aun no sabia por entonces que

26 En punto á disciplina eran el reverso de los conquistadores del Perú, si basta el dicho de Pedro Pizarro, quien afirma que ninguno de sus compañeros se hubiera atrevido á tomar ni una mazorca de maíz sin permiso de su gefe. "Que los que pasamos con el Marques á la conquista no ovo hombre que osase tomar una mazorca de maíz sin licencia." Descub. y Conq., MS.

27 "Se entraron de paz en la ciudad del Cuzco i los salieron todos los naturales á rescibir i les tomaron la Ciudad con todo quanto havia dentro llenas las

casas de mucha ropa i algunas oro i plata i otras muchas cosas, i las que no estaban bien llenas las enchian de lo que tomaban de las demas casas de la dicha ciudad, sin pensar que en ello hacian ofensa alguna Divina ni humana, i porquesta es una cosa larga i casi incomprendible, la dejaré al juicio de quien mas entienda aunque en el daño rescibido por parte de los naturales cerca de este artículo yo sé har-to por mis pecados que no quisiera saber ni haber visto." Conq. i Pob. del Piru, MS.

su jurisdiccion se habia alargado otras setenta leguas hácia el Sur, y recelaba, lo mismo que Almagro, que la capital de los Incas no quedase legalmente dentro de sus actuales límites. Comprendió desde luego todo el daño que le resultaría de caer esta opulenta ciudad en manos de su rival, por el ancho campo que se le abría para saciar su codicia y la de sus secuaces. Conoció que en las circunstancias presentes no convenia permitir que Almagro se anticipase á tomar el mando, al que hasta entonces no tenia aun derecho, puesto que las cédulas en que se contenia la concesion se hallaban todavia en Panamá en poder de Hernando Pizarro, y lo único que habia llegado al Perú era una copia de un resumen de su contenido.

Sin pérdida de tiempo envió, pues, órdenes al Cuzco para que sus hermanos volviesen á encargarse del gobierno: se disculpaba al mismo tiempo con Almagro, so pretexto de no ser conveniente que cuando le llegasen sus poderes le cogiesen ya gobernando, y concluía recomendándole que cnanto antes se partiese á su conquista del Sur.

Pero ni el mariscal ni sus amigos pudieron conformarse con renunciar tan facilmente el mando que consideraban pertenecerle de justicia. Los Pizarros por su parte no cesaban de instar para que se les entregase, y la disputa se fué

acalorando mas y mas. Cada partido tenia sus adictos; la ciudad se dividió en bandos, y el ayuntamiento, los soldados, y aun los Indios tomaron parte en la cuestion del mando. Ya llegaban las cosas al extremo, y no faltaba mucho para venir á las manos, cuando Pizarro en persona se presentó en la capital.<sup>28</sup>

Sabedor de las fatales consecuencias que habian producido sus órdenes, marchó con toda diligencia al Cuzco, y allí fué recibido con muestras de la mayor alegría, tanto por los Indios como por los Españoles mas moderados que deseaban conjurar la tempestad que á todos amenazaba. Dirigióse primeramente el gobernador á Almagro: le abrazó con aparente cordialidad y le preguntó la causa de las presentes disensiones. Respondióle el mariscal echando la culpa á los Pizarros; pero aunque el gobernador los reprehendió con alguna aspereza por sus arrebatos, pronto se echó de ver que les daba la razon, y el riesgo de una ruptura entre los dos asociados vino á ser mas inminente que nunca. Por fortuna pudo evitarse por esta vez, gracias á la mediacion de algunos amigos de ambos, mas discretos que sus gefes: con su ayuda pudo al fin llevarse á cabo la reconciliacion, bajo condiciones iguales en sustancia á las del primer convenio.

<sup>28</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Hist. Gé- neral, dec. 5, lib. 7, cap. 6.—Conq. i Pob. del Piru, MS.

Ofrecieron primeramente mantener firme é inviolable su mútua amistad, agregando una cláusula que no da una idea muy favorable de los contratantes, es á saber, que ninguno de los dos diria mal del otro ni le calumniaria, especialmente en sus cartas al emperador. Se obligaron ademas á no tener comunicacion alguna con el gobierno sin conocimiento del otro asociado, y por último, convinieron en partir por mitad los gastos y provechos de los futuros descubrimientos. Pedian al cielo con las mas graves imprecaciones, que descargase su cólera sobre aquel que faltase á este convenio, y le castigase con la pérdida de hacienda y vida en este mundo, y con la eterna perdicion en el venidero.<sup>29</sup>

Para afirmarse aun mas en la observancia del contrato, lo juraron solemnemente sobre la hostia consagrada que tenia en las manos el P. Bartolomé de Segovia, durante la misa que dijo para concluir la ceremonia. El 11 de Junio de 1535 asentó el escribano todo lo practicado y los artículos de la capitulacion, en un instrumento ratificado por multitud de testigos.<sup>30</sup>

<sup>29</sup> "E suplicamos á su infinita bondad que á qualquier de nos que fuere en contrario de lo así convenido, con todo rigor de justicia permita la perdicion de su ánima, fin y malacavamiento de su vida, destruicion y perdimientos de su familia, honras y ha-

cienda." Capitulacion entre Pizarro y Almagro, 12 de Junio, 1535, MS.  
<sup>30</sup> Este notable documento, cuyo original se guarda en el archivo de Simancas, puede verlo el lector por entero en el *Apéndice* bajo el número 11.

De esta manera creían los dos antiguos camaradas, que después de haber roto los lazos de la amistad y del honor, podrían unirles de nuevo los sagrados vínculos de la religión. El solo hecho de haberse visto obligados á recurrir á tan extraordinario arbitrio, debió haber sido para ellos la mejor prueba de su inutilidad.

Poco tiempo después de ajustadas las diferencias, publicó el mariscal la jornada de Chile, y hubo muchos que, atraídos por la franqueza de su trato y su liberalidad que rayaba en profusión, quisieron seguirle en una expedición que no dudaban iba á producir mas riquezas que las halladas en el Perú. Enviaron por delante para preparar el camino al ejército, á tres Españoles con dos Indios, Paulo Topa hermano del Inca Manco y Villac Umu, el Sumo Sacerdote. Salió en seguida un destacamento de ciento cincuenta hombres al mando de un oficial llamado Saavedra, y Almagro se quedó á reunir aun mas reclutas; pero antes de completar su número se puso en marcha, por no considerarse seguro al lado de Pizarro con la poca gente que le quedaba.<sup>31</sup> El resto de las fuerzas debía seguirle tan luego como se acabase de reunir.

31 "El Adelantado Almagro después que se vido en el Cuzco descarnado de su jente temió al Marques no le prendiese por las alteraciones pasadas que habia tenido con sus hermanos como

ya hemos dicho, y dicen que por ser avisado dello tomó la posta y se fué al pueblo de Paria donde estaba su Capitan Saavedra." Cong. i Pob. del Piru, MS.

Libre ya el gobernador de la molesta compañía de su rival, se volvió inmediatamente á la costa para seguir entendiendo en la población del país. Fuera de la ciudad capital de "los Reyes," fundó otras varias en las costas del Pacífico, destinadas á ser con el tiempo el emporio del comercio de aquellos mares. En memoria del lugar de su nacimiento, dió á la principal el nombre de Trujillo, asentándola en el sitio escogido previamente por Almagro.<sup>32</sup> Hizo tambien multitud de repartimientos, tanto de Indios como de tierras, á sus soldados y capitanes, segun el uso de los conquistadores españoles;<sup>33</sup> si bien en el caso presente la falta de conocimiento del país hizo que el resultado fuese muy diverso de lo que se deseaba, pues sucedió con mucha frecuencia que el terreno de menos estension resultó ser el de mas valor, por los tesoros que encerraba en su seno.<sup>34</sup>

32 Carta de F. Pizarro á escritor anónimo contemporáneo, tantas veces citado. "Des-

33 Tengo á la vista copias de aquel punto para adelante se de dos mercedes de encomiendas introdujo entre los indios la pes- hechas por Pizarro, fechada la te del servicio personal, tan da- una en Jauja, 1534, la otra en el ñosa para el alma como para el Cuzco, 1539.—En ambas se re- cuerpo, asi del amo como del es- comienda encarecidamente á los clayo." (Cong. i Pob. del Piru, colonos cuiden de instruir á los MS.) Este loable arrebato de Indios en la religion y los traten indignacion, que no debia aguar- con blandura y humanidad. Pue- darse de un conquistador insen- de venirse en cuenta de lo poco sible, es probablemente de algun que servian estas recomendacio- eclesiástico. ab sup. p. 102. lo in- nes, escuchando las quejas del 34 "El Marques hizo enco-

Mas el primer cuidado de Pizarro era Lima, la naciente metrópoli, y con tanto empeño dió calor á las obras y le ayudaron tan bien los muchos operarios de que disponia, que tuvo el gusto de ver como su nueva capital con sus soberbios edificios y lujosos jardines, iba avanzando rápidamente á su conclusion. Causa placér el contemplar las cualidades pacíficas en el carácter de un feroz soldado, y verle ocupado de esta manera en remediar los estragos de la guerra, y en poner los cimientos de un imperio mas civilizado, que el que acababa de echar por tierra. Sus pacíficas ocupaciones formaban contraste con la vida de continua agitacion que hasta allí se habia visto obligado á llevar; y á la verdad parecian mas propias de su edad avanzada, que debia convidarle ya al reposo. Si hemos de dar crédito á sus historiadores, no hubo época de su vida de que mas se gloriase; lo cierto es que la posteridad reconoce en ella el mejor título á su gloria, y en medio del diluvio de males que Pizarro y sus compañeros trajeron sobre la infeliz nacion de los Incas, Lima, la hermosa ciudad de los Reyes, se levanta orgullosa, como su obra mas bella, y la mas preciosa joya de las riberas del Pacífico.

miendas en los Españoles, las que pensaron que se les dava quales fueron por noticias que pocos se hallaron con mucho y ni el savia lo que dava ni nadie al contrario.!! Ondegardo, Rel. lo que rescibia sino á tiento y á Prim., MS.

póbb más ó ménos, y así muchos

## CAPITULO X.

FUGA DEL INCA.—REGRESO DE HERNANDO PIZARRO.—INSURRECCION DE LOS PERUANOS.—SITIO E INCENDIO DEL CUZCO.—APRIETO DE LOS ESPAÑOLES.—ASALTO DE LA FORTALEZA.—DESALIENTO DE PIZARRO.—EL INCA LEVANTA EL SITIO.

1535—1536.

Al mismo tiempo que la partida de su rival Almagro libertaba por entonces á Pizarro de todo temor por este lado, vió atacada su autoridad por quien menos pudiera esperárselo, es decir, por la poblacion indígena del pais. Se habian mostrado hasta allí los Peruanos tan dóciles y sumisos, que sus conquistadores les miraban con un desprecio que no daba lugar á la desconfianza. No habian opuesto resistencia á la usurpacion de aquellos advenedizos: habian visto á uno de sus monarcas muerto, y á otro colocado en el sòlio vacante; sus templos despojados de sus tesoros; su capital y su territorio usurpados y divididos entre los Españoles, y á escepcion de una que otra refriega en los pasos de la sier-